

SALE EL ESPECTRO

Philip Roth

1

EL MOMENTO PRESENTE

No había estado en Nueva York desde hacía once años. Aparte de una estancia en Boston para que me extirparan la próstata cancerosa, apenas me había alejado de mi carretera rural de montaña en los Berkshires durante esos once años, y lo que es más, pocas veces había leído un periódico ni escuchado las noticias desde el 11 de septiembre, tres años atrás; sin ninguna sensación de pérdida (tan solo, al comienzo, una especie de sequía en mi interior), había dejado de habitar no solo el gran mundo, sino también el momento presente. Mucho tiempo atrás había aniquilado el impulso de estar en él y formar parte de él.

Pero ahora había conducido los más de doscientos kilómetros en dirección sur hasta Manhattan para ver a un urólogo del hospital Mount Sinai especializado en un procedimiento quirúrgico para ayudar a hombres como yo, incontinentes tras haber sido operados de la próstata. Mediante un catéter inserto en la uretra, inyectaba una forma gelatinosa de colágeno en el lugar en que el cuello de la vejiga se une a la uretra, y de este modo lograba una notable mejora en el cincuenta por ciento de sus pacientes. No eran unas grandes expectativas, sobre todo cuando «una notable mejora» solo significaba el alivio parcial de los síntomas, reduciendo la «incontinencia severa» a «incontinencia moderada», o la «moderada» a «ligera». De todos modos, como sus resultados eran mejores que los obtenidos por otros urólogos que utilizaban más o menos la misma técnica (no había nada que hacer respecto al otro riesgo de una prostatectomía radical, del que yo, como decenas de millares de otros pacientes, no había tenido la suerte de librarme: daño neurológico con resultado de impotencia), fui a Nueva York para consultarle, mucho después de que yo mismo me creyera adaptado a los inconvenientes prácticos de una condición como la mía.

En los años transcurridos desde que me operaron, incluso había considerado superada la vergüenza de orinarme encima y que me había repuesto de la desorientadora conmoción que supone la incontinencia, irritante sobre todo durante los primeros dieciocho meses, período en el que, según el cirujano, se iría reduciendo gradualmente, como así sucede a un pequeño número de afortunados pacientes. Pero, pese al carácter cotidiano de los hábitos necesarios para mantenerme limpio y libre de olor, lo cierto es que no me había acostumbrado nunca a llevar la ropa interior especial, a cambiar las almohadillas y a enfrentarme a los «accidentes», del mismo modo que no había superado la humillación subyacente, porque allí estaba yo, a los setenta y un años, de regreso al Upper East Side de Manhattan, a no muchas manzanas del lugar donde había vivido

cuando era un hombre más joven, vigoroso y sano; allí estaba yo, en la sala de recepción del departamento de urología del hospital Mount Sinai, solo para que al cabo de un rato me asegurasen que, con la adherencia permanente del colágeno al cuello de la vejiga, tenía la posibilidad de ejercer un control sobre mi flujo urinario algo mayor que el que tiene un niño pequeño. Mientras esperaba, imaginando la intervención, hojeando los rimeros de las revistas People y New York, me decía: Totalmente irrelevante. Da media vuelta y regresa a casa.

Me había pasado los once últimos años solo en una casita junto a una carretera de tierra en pleno campo, y había tomado la decisión de vivir aislado de ese modo unos dos años antes de que me diagnosticaran el cáncer. Veo a pocas personas.

Desde que, hace un año, falleciera mi amigo y vecino Larry Hollis, pueden pasar dos o tres días sin hablar más que con la mujer que viene a hacer la limpieza todas las semanas y con su marido, que se encarga del mantenimiento de la casa. No asisto a cenas, no voy al cine, no veo la televisión, no tengo teléfono móvil ni vídeo ni reproductor de compactos ni ordenador. Sigo viviendo en la Era de la Máquina de Escribir y no tengo ni idea de lo que es la World Wide Web. Ya no me molesto en votar. Me paso escribiendo la mayor parte del día y a menudo hasta bien entrada la noche. Leo, sobre todo los libros que descubrí cuando era estudiante, las obras maestras de la literatura que siguen ejerciendo sobre mí un poder no menor, y en algunos casos superior, al que ejercieron en mis estimulantes encuentros iniciales con ellas. Últimamente he estado releendo a Joseph Conrad por primera vez en cincuenta años, lo más reciente su novela La línea de sombra, que me he llevado conmigo a Nueva York para darle otro repaso, pues la había leído de una sentada hacía escasas noches. Escucho música, paseo por los bosques, cuando el tiempo es cálido nado en mi estanque, cuya temperatura, incluso en verano, apenas supera los veinte grados. Allí nado sin bañador, pues nadie puede verme, de modo que si dejo detrás de mí una delgada y ondulante nube de orina que decolora visiblemente las aguas circundantes del estanque, apenas me inmuto y no experimento en absoluto la desazón que sin duda me acometería si mi vejiga empezara a vaciarse involuntariamente nadando en una piscina pública. Existen unos calzoncillos de plástico con los bordes muy elásticos, diseñados para bañistas incontinentes y que se anuncian como herméticos, pero cuando, tras muchas evasivas, accedí y encargué unos que había visto en un catálogo de material para natación, los probé en el estanque y descubrí que, si bien llevar aquellos grandes bombachos blancos bajo el bañador mitigaba el problema, no lo erradicaba en grado suficiente para atenuar mi cohibición. Antes que correr el riesgo de sentirme avergonzado y molestar a los demás, abandoné la idea de nadar con regularidad en la piscina de la universidad durante la mayor parte del año (con bombachos bajo el bañador) y me limité a seguir tiñendo de amarillo esporádicamente las aguas de mi propio estanque durante los pocos meses de tiempo cálido en los Berkshires, cuando, tanto si llueve como si luce el sol, nado a diario durante media hora.

Un par de veces a la semana bajo de la montaña y voy a Athena, a unos doce kilómetros de distancia, para comprar provisiones, ir a la lavandería, en ocasiones comer o comprarme unos calcetines o elegir una botella de vino o utilizar la biblioteca de la

Universidad de Athena. Tanglewood no está lejos, y a lo largo del verano voy allí unas diez veces para escuchar conciertos. No doy lecturas ni conferencias ni enseño en una universidad ni aparezco en la televisión. Cuando se publican mis libros, mantengo una absoluta reserva. Escribo todos los días de la semana, y por lo demás guardo silencio. Me tienta la idea de no publicar nada... ¿No es el trabajo todo lo que necesito, el trabajo y su proceso? ¿Qué importa ya si soy incontinente e impotente?

Larry Hollis trabajó durante toda su vida como abogado de una compañía de seguros de Hartford y, después de jubilarse, él y su esposa Marylynne abandonaron West Hartford y se trasladaron a los Berkshires. Larry era dos años más joven que yo, un hombre meticuloso, maniático, que parecía creer que en esta vida la seguridad solo existía si todo se planeaba minuciosamente y a quien al principio, durante los meses en que intentaba trabar amistad conmigo, me esforcé en lo posible por evitar. Acabé cediendo, no solo por su tenaz deseo de aliviar mi soledad, sino también porque nunca había conocido a nadie como él, un adulto cuya triste biografía infantil, como él mismo la estimaba, había determinado todas las decisiones tomadas desde que su madre murió de cáncer cuando él tenía diez años, solo cuatro después de que el padre, propietario de una tienda de linóleo en Hartford, hubiera sucumbido no menos penosamente a la misma enfermedad. A Larry, que era hijo único, lo enviaron a vivir con unos parientes junto al río Naugatuck, al sudoeste de Hartford, en las afueras de la tediosa población industrial de Waterbury, Connecticut, y allí, en un diario infantil de «Cosas que realizar», el muchacho se trazó un proyecto de futuro que siguió al pie de la letra durante el resto de su vida; a partir de entonces, todo lo que emprendió en su vida tenía una causa premeditada. No se contentaba con calificaciones por debajo de sobresaliente, e incluso en su adolescencia cuestionaba enérgicamente a cualquier profesor que no valorase con precisión sus logros. Asistió a cursillos de verano para acelerar su graduación en el instituto y entrar en la universidad antes de cumplir diecisiete años, e hizo lo mismo durante los veranos en la Universidad de Connecticut, donde estudiaba gracias a una beca completa y trabajaba en la sala de calderas de la biblioteca todo el año para costearse el alojamiento y la manutención, de modo que al salir de la universidad pudiera cambiar su nombre, Irwin Golub, por el de Larry Hollis (como había planeado hacer cuando solo tenía diez años) e ingresar en las fuerzas aéreas, para convertirse en piloto de caza y presentarse ante el mundo como teniente Hollis, además de tener derecho a la paga de licenciamiento; al finalizar el servicio, se matriculó en Fordham y, a cambio de sus tres años en las fuerzas aéreas, el gobierno le costeó sus tres años en la facultad de Derecho. Cuando era piloto de las fuerzas aéreas estacionado en Seattle cortejó con tesón a una bonita muchacha recién salida del instituto que se llamaba Collins y que respondía exactamente a los requisitos que para él debía tener una esposa, uno de los cuales era que fuese de extracción irlandesa, de cabello moreno y rizado y con ojos azul claro como los de él. «No quería casarme con una chica judía. No quería que mis hijos se educaran en la religión judía ni tuvieran nada que ver con los judíos.» «¿Por qué?», le pregunté. «Porque eso no era lo que quería para ellos», me respondió.

Que quería lo que quería y no quería lo que no quería era la respuesta que daba prácticamente a cada pregunta que yo le formulaba sobre la estructura por completo convencional en que había transformado su vida tras aquellos primeros años de apresurada planificación para construirla. Cuando llamó a mi puerta por primera vez para presentarse, solo unos pocos días después de que se hubiera mudado con Marylynne a la casa más cercana a la mía, a menos de un kilómetro carretera abajo, decidió de inmediato que no quería que comiera solo todas las noches y que tenía que cenar en su casa con él y su mujer por lo menos una vez a la semana. No quería que pasara a solas los domingos (no soportaba la idea de que alguien estuviera solo como él lo estuvo cuando era un niño huérfano, y pescaba los domingos en el Naugatuck con su tío, que era inspector estatal de granjas lácteas), así que insistió en que todos los domingos por la mañana haríamos una excursión o, si el tiempo era malo, jugaríamos a ping-pong, un entretenimiento que yo apenas podía soportar pero al que me prestaba antes que verme obligado a conversar con él sobre el oficio de escribir. Me hacía unas preguntas implacables sobre la escritura y no se contentaba hasta que las había respondido a su satisfacción. «¿De dónde sacas las ideas?» «¿Cómo sabes si una idea es buena o mala?» «¿Cómo sabes cuándo has de emplear el diálogo y cuándo debes narrar sin recurrir al diálogo?» «¿Cómo sabes que un libro está terminado?» «¿Cómo seleccionas la primera frase? ¿Cómo seleccionas el título?» «¿Cómo seleccionas la última frase?» «¿Cuál es tu mejor libro?» «¿Cuál es tu peor libro?» «¿Te gustan tus personajes?» «¿Has matado alguna vez un personaje?» «He oído decir a un escritor en la televisión que los personajes se apoderan del libro y que son ellos los que lo escriben. ¿Es eso cierto?» Había querido ser padre de un niño y una niña, y solo después de que naciera la cuarta niña Marylynne se rebeló y se negó a seguir tratando de concebir al heredero varón que figuraba en los planes de Larry desde que tenía diez años. Era un hombre corpulento, de cara cuadrada y cabello pajizo, y tenía los ojos algo torcidos, azul claro y torcidos, no como los ojos azul claro de Marylynne, que eran hermosos, y los ojos azul claro de las cuatro bonitas hijas, que habían ido todas a Wellesley porque el amigo más íntimo de Larry en las fuerzas aéreas tenía una hermana en Wellesley, y al conocerla observó que la muchacha exhibía la clase de refinamiento y decoro que él quería ver en una hija suya. Cuando íbamos a un restaurante (cosa que hacíamos cada quince días, el sábado por la noche; también en eso se revelaba inflexible), era de esperar que se mostrara muy exigente con el camarero. Invariablemente se quejaba del pan. No estaba fresco. No era de la clase que a él le gustaba. No había suficiente para todos.

Una noche, después de cenar, se presentó inesperadamente en casa y me entregó dos gatitos de color naranja, uno de pelaje largo y el otro corto, de apenas dos meses de edad. Yo no se los había pedido, ni tampoco me había dicho nada de que fuera a regalármelos. Me explicó que por la mañana había ido al oftalmólogo para hacerse una revisión y que había visto sobre la mesa de la recepcionista el anuncio de que tenía gatitos en adopción. Larry pensó en mí nada más verlo.

Puso los gatitos en el suelo.

–Esta no es la clase de vida que deberías llevar –me dijo.

–¿Quién lleva la clase de vida que debería?

–Pues yo, por ejemplo. Tengo todo lo que siempre he querido. No pienso dejar que sigas experimentando la vida de un solitario. Lo estás llevando al límite, Nathan. Es demasiado extremado.

–Como lo eres tú.

–¡Y un cuerno! No soy yo quien vive así. Tan solo trato de aportarte un poco de normalidad. Esta es una existencia demasiado aislada para cualquier ser humano. Al menos puedes tener un par de gatos para que te hagan compañía. Tengo todas sus cosas en el coche.

Salió de la casa y, al regresar, vació en el suelo un par de grandes bolsas de supermercado que contenían media docena de juguetitos para que las criaturas se abalanzasen sobre ellos, una docena de latas de comida para gatos, una gran bolsa de arena higiénica y un cajón de plástico para que hicieran sus necesidades, dos platos de plástico para la comida y dos cuencos de plástico para el agua.

–Aquí tienes todo lo que necesitas –me dijo–. Son dos preciosidades. Míralos. Te darán muchas satisfacciones.

Llevó a cabo todo esto con una extrema seriedad, y poco era lo que yo podía hacer excepto decirle:

–Has sido muy considerado, Larry.

–¿Cómo vas a llamarles?

–A y B.

–No. Necesitan nombres. Ya estás todo el día con el alfabeto. Al del pelo corto puedes llamarlo Pelón, y al del pelo largo, Peludo.

–Muy bien, así lo haré.

En mi única relación sólida con otra persona había adoptado el papel prescrito por Larry. Obedecía en esencia la disciplina de Larry, como lo hacía todo el mundo en su entorno. Imaginaos, cuatro hijas y ni una sola de ellas había dicho: «Pero preferiría ir a Barnard, preferiría ir a Oberlin». A pesar de que, cuando estaba con él y su familia, nunca tenía la sensación de que fuese un padre tirano e intimidador, pensaba en lo extraño que resultaba, que yo supiera, que ninguna de sus hijas le hubiera llevado jamás la contraria a su padre diciéndole a Wellesley te vas tú y no hay más que hablar. Pero la predisposición de las chicas a carecer de voluntad como obedientes hijas de Larry no me parecía tan sorprendente como la mía propia. El camino de Larry para acceder al poder consistía en tener la aquiescencia de todas las personas a las que amaba; el mío consistía en no tener a nadie en mi vida.

Había traído los gatos un jueves, y los tuve conmigo hasta el domingo. Durante ese tiempo prácticamente no trabajé en mi libro. No hacía más que lanzarles sus juguetes o acariciarlos, juntos o por turno en mi regazo, o me sentaba y los miraba mientras ellos comían o jugaban o se acicalaban o dormían. Su cajón con arena estaba en un rincón de la cocina, y por la noche los dejaba en la sala y cerraba la puerta del dormitorio. Por la mañana, al despertar, lo primero que hacía era correr a la puerta para verlos. Allí estaban, junto a la puerta,

esperando a que la abriera.

El lunes por la mañana telefoneé a Larry.

–Por favor, ven a llevarte los gatos –le pedí.

–Los odias.

–Al contrario. Si se quedan, jamás volveré a escribir una palabra. No puedo tener a esos gatos en casa conmigo.

–¿Por qué no? ¿Qué diablos te pasa?

–Son demasiado encantadores.

–Bien. Estupendo. De eso se trata.

–Ven y llévatelos, Larry. Si quieres, yo mismo se los devolveré a la recepcionista del oftalmólogo, pero no puedo seguir teniéndolos aquí.

–¿Qué es esto? ¿Un acto de rebeldía? ¿Una bravata? Soy un hombre disciplinado, pero tú consigues ponerme en evidencia. No te he llevado a dos personas para que vivan contigo, Dios me libre. Te he llevado dos gatitos, dos mininos.

–Los acepté cortésmente, ¿no es cierto? Les he dado una oportunidad, ¿no es así? Llévatelos, por favor.

–No pienso hacerlo.

–Yo no te los pedí, y lo sabes.

–Eso no me demuestra nada. ¿Cuándo pides tú algo? Jamás.

–Dame el número de teléfono de la recepcionista del oftalmólogo.

–No.

–Muy bien, yo mismo me ocuparé.

–Estás loco –replicó él.

–Mira, Larry, dos gatitos no pueden convertirme en una nueva persona.

–Pero eso es precisamente lo que está sucediendo. Exactamente lo que no permites que suceda. No puedo entenderlo... que un hombre de tu inteligencia se vuelva así. No me cabe en la cabeza.

–En la vida hay muchas cosas inexplicables. Mi insignificante impenetrabilidad no debería preocuparte.

–De acuerdo. Tú ganas. Iré a buscar los gatos. Pero aún no he terminado contigo, Zuckerman.

–No tengo motivos para creer que hayas terminado o que puedas terminar. También tú estás un poco loco, ¿sabes?

–¡Y un cuerno!

–Por favor, Hollis, ya soy demasiado mayor para alterarme. Ven a buscar los gatos.

Poco antes de que la cuarta hija se casara en la ciudad de Nueva York con un joven abogado norteamericano de origen irlandés que, como él, había estudiado en la facultad de Derecho de Fordham, a Larry le diagnosticaron cáncer. El mismo día que la familia viajó a Nueva York para asistir a la boda, el oncólogo de Larry hizo que ingresara en el hospital universitario de Farmington, Connecticut. La primera noche en el hospital, después de que la enfermera le hubiera tomado las constantes vitales y le hubiera dado un somnífero, él sacó unas cien píldoras más que ocultaba en el estuche de los utensilios para el afeitado y, con el vaso de agua que estaba en la mesilla de noche, se las tragó en

la intimidad de la habitación a oscuras. A primera hora de la mañana siguiente, Marylynne recibió una llamada del hospital informándole de que su marido se había suicidado. Pocas horas después, y a insistencia de ella (no en vano había sido su esposa durante todos aquellos años), la familia siguió adelante con la boda y el banquete, y solo entonces regresaron a los Berkshires para preparar el funeral.

Más adelante me enteré de que Larry había convenido de antemano con el médico que le hospitalizaran aquel día en vez del lunes de la semana siguiente, algo que podría haber conseguido con facilidad. De ese modo la familia estaría reunida en un solo lugar cuando recibieran la noticia de su muerte; además, al suicidarse en el hospital, donde había profesionales que se ocuparían del cadáver, ahorraría en la medida de lo posible a Marylynne y sus hijos los aspectos truculentos del suicidio.

Cuando murió tenía sesenta y ocho años y, con la excepción en el plan previsto en su diario de «Cosas que realizar» de que algún día tendría un hijo llamado Larry Hollis junior, había logrado asombrosamente todos los objetivos que se propuso alcanzar cuando se quedó huérfano a los diez años. Se las había ingeniado para esperar lo suficiente hasta ver a la menor de sus hijas casada y embarcada en una nueva vida, y finalmente consiguió evitar lo que más temía: que sus hijos fuesen testigos de la insoportable agonía de un padre moribundo, como él mismo lo fue cuando tanto su padre como su madre sucumbieron lentamente al cáncer. Hasta dejó un mensaje para mí. Había pensado incluso en ocuparse de mí. El lunes siguiente al domingo en que todos nos enteramos de su muerte, encontré esta carta entre el correo: «Nathan, muchacho, no me gusta abandonarte así. No puedes estar solo en el ancho mundo. No puedes vivir sin contacto con nadie. Debes prometerme que no seguirás viviendo como lo hacías cuando nos conocimos. Tu leal amigo, Larry».

Así pues, ¿era ese el motivo de que estuviese en la sala de espera del urólogo, el hecho de que, hacía casi exactamente un año, Larry me enviara esa nota y luego se quitara la vida? No lo sé, y tampoco habría importado que lo supiera. Estaba allí sentado porque sí, hojeando la clase de revistas que no había visto en años, mirando fotos de actores famosos, modelos famosas, diseñadores famosos, cocineros y magnates famosos, enterándome de dónde podía comprar lo más caro, lo más barato, lo más in, lo más ceñido, lo más suave, lo más divertido, lo más elegante, lo más vulgar de casi todo cuanto se producía para el consumo en Estados Unidos, y esperando a que me recibiera el médico.

Había llegado la tarde anterior tras haber reservado una habitación en el Hilton y, una vez deshecha la maleta, me dirigí a la Sexta Avenida para tomar contacto con la ciudad. Pero ¿por dónde iba a empezar? ¿Volvería a visitar las calles donde había vivido? ¿Los lugares del vecindario donde almorzaba? ¿El quiosco donde compraba el periódico y las librerías donde solía rebuscar? ¿Debería retomar los largos paseos que daba al finalizar la jornada de trabajo? ¿O bien, puesto que ya no veía a muchos de ellos, debería buscar a otros miembros de mi especie? Durante los años transcurridos habíamos intercambiado llamadas telefónicas y cartas, pero mi casa de los Berkshires es pequeña y no había alentado las visitas, y así, con el tiempo, el contacto personal se había hecho infrecuente. Los editores con los que había trabajado a lo largo de los años

habían cambiado de empresa o se habían retirado. Muchos de los escritores a los que conocía habían abandonado la ciudad, lo mismo que yo. Las mujeres con las que me relacioné habían cambiado de trabajo, se habían casado o mudado a otro lugar. Las dos primeras personas a las que pensé visitar habían muerto. Sabía que habían muerto, que sus rostros inconfundibles y sus voces familiares ya no existían, y aun así, mientras estaba delante del hotel, decidiendo cómo y por dónde volver a entrar durante una o dos horas en la vida que había dejado atrás, considerando las maneras más sencillas de adentrarme de nuevo en ese mundo, experimenté por un momento lo mismo que debió de sentir Rip Van Winkle cuando, tras haber dormido durante veinte años, bajó de las montañas y regresó a su pueblo creyendo que no había pasado más que una noche fuera. Solo cuando notó inesperadamente la barba larga y entrecana que le crecía bajo el mentón comprendió cuánto tiempo había pasado, asimismo se enteró de que ya no era un súbdito colonial de la Corona británica, sino un ciudadano de los recién establecidos Estados Unidos. Yo no podría haberme sentido más fuera de lugar si hubiera aparecido en la esquina de la Sexta Avenida y la Cincuenta y cuatro Oeste con la oxidada arma de Rip en la mano y sus antiguas ropas a la espalda, rodeado por un nutrido ejército de curiosos contemplando al forastero eviscerado que caminaba entre ellos, una reliquia de tiempos pasados en medio de los ruidos, los edificios, los trabajadores y el tráfico.

Eché a andar hacia el metro para coger uno que me llevara a la Zona Cero. Empezaría por allí, donde ocurrió lo más tremendo de todo. Pero me había retirado como testigo y participante, y por ello no llegué hasta el metro. Eso habría desentonado por completo con el personaje en que me había convertido, así que cambié de idea y, tras cruzar el parque, entré en las familiares salas del Museo Metropolitano, donde pasé la tarde como quien no tiene nada más que hacer.

Al día siguiente, cuando salí del consultorio del médico, tenía una cita para volver a la mañana siguiente a fin de recibir la inyección de colágeno. Había habido una cancelación y el doctor podía hacerme un hueco. La enfermera me dijo que el doctor prefería que, tras la intervención, pasara la noche en el hotel en vez de regresar de inmediato a los Berkshires; no solían surgir complicaciones, pero era conveniente tomar la precaución de permanecer cerca del hospital hasta la mañana siguiente. Si no ocurría ningún percance, entonces podría irme a casa y reanudar mis actividades habituales. El doctor esperaba una mejora considerable, y no excluía la posibilidad de que la inyección restaurase casi por completo el control de la vejiga. En el caso de que el colágeno «se desplazase», me explicó, tendría que intervenir por segunda o tercera vez hasta conseguir que se adhiriese de manera permanente al cuello de la vejiga; con todo, lo más probable es que no hiciera falta más que una sola inyección.

Le respondí que me parecía bien y, en vez de tomar la decisión tras haberlo sopesado todo muy detenidamente en casa, me sorprendí a mí mismo aprovechando el hueco en su agenda, y ni siquiera cuando estuve fuera del alentador entorno de su consultorio y en el ascensor que me llevaba a la planta baja, fui capaz de experimentar una mínima reserva que mantuviera a raya mi sensación de rejuvenecimiento. Cerré los ojos en el ascensor y me vi nadando en la piscina de la universidad al final de la jornada, despreocupado y sin temor a sentirme avergonzado.

Semejante triunfalismo resultaba ridículo, y tal vez no tanto una medida de la transformación prometida como del tributo cobrado por la disciplina de reclusión y por la decisión de eliminar de mi vida todo cuanto se interpusiera entre yo y mi tarea, un tributo del que hasta entonces había sido inconsciente (pues la inconsciencia voluntaria era un componente esencial de la disciplina). En el campo no había nada que tentara a mis esperanzas. Había hecho las paces con mis esperanzas. Pero cuando llegué a Nueva York, en cuestión de horas la ciudad hizo conmigo lo que hace con la gente: despertar las posibilidades. La esperanza resurge.

El ascensor se detuvo en la planta inferior a la del departamento de urología, y subió una frágil anciana. El bastón que llevaba, junto con un gorro de lluvia de un rojo desvaído muy encasquetado, le daban un aspecto excéntrico, casi cateto, pero cuando la oí hablar en voz baja con el médico que había subido al ascensor con ella –un hombre de algo más de cuarenta años, que la guiaba sujetándola con delicadeza del codo–, cuando oí el dejo extranjero de su inglés, volví a mirarla, preguntándome si era alguien a quien conocí en otro tiempo. La voz era tan peculiar como el acento, sobre todo porque no era una voz que uno pudiera asociar con su aspecto espectral, sino la de una persona joven, infantil de una manera incongruente y ajena al sufrimiento. Conozco esa voz, pensé. Conozco el acento. Conozco a la mujer. Ya en la planta baja, cruzaba el vestíbulo del hospital detrás de ellos, hacia la salida, cuando acerté a oír el nombre de la anciana pronunciado por el médico. Ese fue el motivo de que siguiera sus pasos fuera del hospital hasta un pequeño restaurante a pocas manzanas al sur de Madison. La conocía, en efecto.

Eran las diez y media, y solo cuatro clientes estaban desayunando todavía. Ella se sentó a una mesa. Yo me acomodé en otra. No parecía haberse dado cuenta de que la había seguido, ni siquiera de mi presencia a escasos metros de ella. Se llamaba Amy Bellette. La había visto una sola vez. Nunca la había olvidado.

Amy Bellette no llevaba abrigo, tan solo el gorro rojo, una rebeca de un tono claro y lo que me pareció un delgado ves

tido veraniego de algodón hasta que me di cuenta de que en realidad era una bata de hospital azul claro cuyos cierres en la espalda habían sido sustituidos por botones y cuya cintura se ajustaba con un cinturón que parecía una cuerda. O bien está en la miseria o bien se ha vuelto loca, pensé.

Un camarero tomó nota del pedido y, cuando se hubo ido, ella abrió el bolso, sacó un libro y, mientras lo leía, alzó con indiferencia la mano, se quitó el gorro y lo dejó a un lado. El costado de su cabeza que podía ver estaba totalmente rasurado, o lo había estado no hacía mucho (le estaba creciendo una pelusilla), y una sinuosa cicatriz quirúrgica trazaba una línea serpenteante en el cráneo, una cicatriz en carne viva, bien definida, que se curvaba desde detrás de la oreja hasta el borde de la frente. Todo el cabello, largo o corto, estaba en el otro lado de la cabeza, un cabello gris recogido en una floja trenza a lo largo del cual deslizaba distraídamente los dedos de la mano derecha, jugueteando con el pelo como lo haría la mano de cualquier niña que leyera un libro. ¿Su edad? Setenta y cinco años. Tenía veintisiete cuando nos conocimos, en 1956. Pedí café, tomé un sorbo, me demoré antes de terminarlo, lo apuré y, sin mirarla, me

levanté y abandoné el establecimiento y la asombrosa reaparición y patética reconstitución de Amy Bellette, alguien cuya existencia, tan llena de promesas y expectativas cuando la conocí, había ido a todas luces por muy mal camino.

A la mañana siguiente me sometí a la intervención, que duró quince minutos. ¡Tan sencilla! ¡Una maravilla! ¡Magia médica! Volví a verme nadando en la piscina de la universidad, sin llevar más que un traje de baño corriente y sin dejar un reguero de orina detrás de mí. Me vi andando alegremente por ahí sin tener que acarrear una provisión de las almohadillas de algodón absorbentes que, desde hacía nueve años, llevaba de día y de noche anidadas en la entrepierna de mis calzoncillos de plástico. Una indolora intervención de quince minutos y la vida volvía a parecer ilimitada. Ya no era un hombre impotente ante algo tan elemental como orinar en un recipiente. Controlar la propia vejiga... ¿quién entre los enteros y sanos considera jamás la libertad que eso concede, o la angustiada vulnerabilidad que su pérdida puede imponer incluso a la persona más segura de sí misma? Yo, que nunca había pensado en esos términos, que desde los doce años de edad me empeñé en ser peculiar y me encantaban todos aquellos rasgos míos que se salieran de lo corriente... ahora podría ser como todo el mundo.

Como si la sombra de la humillación que siempre se cierne sobre nosotros no fuese, en realidad, lo que nos vincula a todos los demás.

Cuando regresé a mi hotel, aún faltaba bastante para el mediodía. Tenía mucho en que ocuparme mientras aguardaba que transcurriera el día antes de volver a casa. La tarde anterior, después de alejarme de Amy Bellette sin molestarla, había ido a la Strand, la venerable librería de ocasión al sur de Union Square, y por menos de cien dólares había adquirido primeras ediciones de los seis volúmenes de relatos de E.I. Lonoff. Tenía los libros en la biblioteca de mi casa, pero los compré de todos modos para ir leyendo cronológicamente fragmentos de los diversos volúmenes durante las horas que debía permanecer en Nueva York.

Cuando emprendes un experimento como este tras haber pasado veinte o treinta años apartado de la obra de un autor, no puedes estar seguro de qué es lo que vas a encontrar, ya sea sobre lo mal que ha envejecido la obra del escritor al que en otro tiempo admiraste o sobre la ingenuidad del entusiasta que una vez fuiste. Pero a medianoche no estaba menos convencido de que fue en la década de los cincuenta cuando el reducido ámbito de la prosa de Lonoff, la restringida esfera de sus intereses y su inflexible contención estilística, en vez de hacer que las implicaciones de un relato se derrumbaran sobre sí mismas y disminuyeran su impacto, producían las enigmáticas reverberaciones de un gong, unas reverberaciones que te hacían maravillarte de cómo tanta gravedad y tanta levedad podían unirse, en un espacio tan pequeño, a un escepticismo de tan largo alcance. Era precisamente la limitación de medios lo que hacía que cada relato breve no fuese algo inconsistente sino una hazaña mágica, como si un cuento de hadas o una rima de la Mamá Gansa hubieran sido iluminados desde dentro por la mente de Pascal.

Era tan bueno como yo había pensado. Era mejor. Era como si hubiera un color que anteriormente faltaba o que había sido retirado de nuestro espectro literario, y que solo Lonoff poseía. Lonoff era ese color, un escritor norteamericano del siglo xx distinto a cualquier otro, y sus libros no se reimprimían desde hacía décadas. Me pregunté si sus

logros habrían caído en un olvido tan absoluto si hubiera terminado su novela y vivido para verla publicada. Me pregunté si realmente había estado trabajando en una novela al final de su vida. Si no, ¿cómo podría entenderse el silencio que precedió a su muerte, aquellos cinco años que coincidieron con la ruptura de su matrimonio con Hope y la nueva vida emprendida al lado de Amy Bellette? Todavía recordaba la ocasión, cuando yo era un joven acólito que le rendía pleitesía y ansiaba emularle, en que me refirió, de una manera mordaz y resignada, una existencia que consistía en escribir esforzadamente sus relatos durante el día, leer con tesón y un cuaderno de notas al lado por la noche, y, casi mudo debido a la extenuación mental, compartir las comidas y la cama con la mujer leal y terriblemente sola con la que llevaba treinta y cinco años casado (pues uno impone la disciplina no solo a sí mismo, sino también a quienes le rodean). Cabría haber imaginado una regeneración de la intensidad –y, con ella, de la productividad– en un autor original y de tan impresionante fortaleza, que aún no había cumplido los sesenta años, que por fin había logrado escapar de ese régimen opresivo (o que se había visto forzado a ello por la marcha colérica y precipitada de su esposa) y que había tomado por compañera a una joven encantadora e inteligente, a la que doblaba la edad y que le adoraba.

Cabría haber imaginado que, tras alejarse del paisaje rural y la vida conyugal que se habían unido para frenar su creatividad, que habían convertido su actividad artística en un despiadado sacrificio sin fondo, E.I. Lonoff no habría sido castigado con tanta severidad por la osadía de cambiar su destino, no se habría visto reducido a un silencio tan aniquilador solo por atreverse a creer que se le permitiría reescribir a diario cincuenta veces un mismo párrafo viviendo en cualquier otro lugar que no fuese una jaula.

¿Qué había pasado realmente durante aquellos cinco años? Cuando por fin le ocurrió algo a aquel escritor aletargado y recluido que, asistido solo por la desesperada ironía que dominaba su visión del mundo, había tenido el valor de resignarse a que nada le sucediera jamás, ¿qué había pasado? Amy Bellette lo sabría... pues ella era lo que le había sucedido a Lonoff. Si el manuscrito de una novela suya, finalizada o inconclusa, estaba en alguna parte, ella también lo sabría. A menos que todos los bienes del escritor hubieran pasado a Hope y los tres hijos, el manuscrito estaría en poder de Amy. Y si la novela perteneciera legalmente a la familia directa que había sobrevivido al autor y no a ella, Amy, que habría estado a su lado mientras él escribía el libro, habría leído cada página de cada borrador y sabría lo bien o mal que había ido la nueva empresa. Incluso si la muerte le hubiera impedido terminarla, ¿por qué razón las revistas literarias que de forma regular habían sacado sus relatos no publicaron partes acabadas del libro? ¿Nadie se había encargado de publicarla porque la novela no era buena? Y en ese caso, ¿el fracaso era consecuencia de haber dejado atrás todo aquello con lo que él había contado para encadenarle a su talento, de haber conseguido por fin la libertad y hallado el placer contra los cuales tenía que haberle protegido la cautividad? ¿O acaso jamás pudo mitigar la vergüenza de haber acabado con su sufrimiento a expensas de Hope? Pero ¿no fue Hope quien puso fin a aquello por él... al marcharse? ¿A qué obedecía un bloqueo de cinco años en un autor tan resuelto y experimentado, para quien conse

guir su distintivo y lacónico estilo de fluidez idiomática había sido siempre una dura prueba solo superada mediante la más diligente aplicación de paciencia y voluntad? ¿Por qué una renovación tan vulgar y corriente –el cambio vital de la edad mediana, considerado generalmente como rejuvenecedor, de adquirir una nueva pareja y establecerse en un nuevo lugar– incapacita a un hombre con tanto dominio de sí mismo como Lonoff ?

Si era eso lo que le había incapacitado.

Cuando me disponía a acostarme, sabía hasta qué punto tales interrogantes resultaban inadecuados para ayudar a comprender lo que había coartado la creatividad de Lonoff durante los últimos años de su vida. Si entre los cincuenta y seis y los sesenta y un años no había logrado escribir una novela, probablemente se debía (como quizá siempre había sospechado) a que la pasión del novelista por la amplificación no era más que otra clase de exceso que jugaba en contra del don especial de Lonoff para la condensación y la reducción. Es probable que, desde un principio, esa pasión del novelista por la amplificación explicara que me hubiera pasado todo el día planteándome tales interrogantes.

Lo que no explicaba era que no me hubiera presentado a Amy Bellette en aquella cafetería para averiguar de ella, si no todo lo que había que saber, al menos lo que estuviera dispuesta a contar.

Cuando conocí a Lonoff y Hope en 1956, sus tres hijos eran adultos y se habían ido de casa, y aunque la dispersión de los jóvenes en modo alguno alteró la agotadora disciplina de su dedicación cotidiana a la escritura (no más que la pérdida de la pasión que acecha a la vida conyugal), la reacción de Hope a su aislamiento en la remota granja de Berkshire se mostró vívidamente durante las pocas horas que pasé allí. La noche de mi llegada, durante la cena, se esforzó por mostrarse calmada y sociable, pero acabó perdiendo el control y, tras arrojar una copa de vino contra la pared, se levantó de la mesa y salió corriendo con lágrimas en los ojos, dejando que Lonoff me explicase (o más bien que no se sintiese obligado a explicarme) lo que sucedía. A la mañana siguiente, durante el desayuno, cuando Amy y yo estábamos presentes y la sediciosa invitada, con el aplomo encantadoramente sereno de su porte –su claridad mental, su manera de actuar, su misterio, el centelleo de su comedia–, se mostraba especialmente deliciosa, la estoica fachada de Hope volvió a desmoronarse, pero esta vez, cuando abandonó la mesa, fue para hacer la maleta, ponerse un abrigo y, pese al gélido tiempo y las carreteras nevadas, cruzar la puerta anunciando que dejaba el puesto de esposa despechada del gran escritor nada menos que a la ex alumna de Lonoff y (a juzgar por todos los indicios) su querida. «¡Esta es oficialmente tu casa! –notificó a la joven vencedora, y partió hacia Boston–. ¡Ahora serás la persona con quien él no viva!»

Me marché solo una hora después, y no volví a ver a ninguno de los dos. Fue por pura casualidad que yo estuviera allí para presenciar la ruptura. Desde una cercana colonia de escritores donde me alojaba, había enviado a Lonoff un paquete con mis primeros relatos breves publicados, junto con una concienzuda carta de presentación, y de ese modo me las arreglé para conseguir una invitación a cenar, que se convirtió en una estancia de una noche solo porque el mal tiempo me impidió marcharme hasta el día

siguiente. A finales de los años cuarenta, durante la siguiente década hasta su muerte a causa de una leucemia en 1961, Lonoff fue probablemente el creador de relatos breves más apreciado en Estados Unidos, si no a nivel masivo en todo el país, al menos entre muchos miembros de las élites intelectual y académica: autor de seis colecciones de cuentos cuya mezcla de comedia y maldad había desterrado el sentimentalismo estandarizado de la saga del infortunio del inmigrante judío, sus narraciones se leían como un despliegue de sueños inconexos, pero sin sacrificar la realidad del tiempo y el lugar a la farsa surreal y el efectismo del realismo mágico. Su producción anual de relatos nunca había sido copiosa, y en sus últimos cinco años, mientras se suponía que trabajaba en una novela, la primera que escribía y el libro que, según sus admiradores, le valdría el reconocimiento internacional y el Premio Nobel que ya deberían haberle concedido, no publicó ningún relato. Aquellos fueron los años en que se instaló con Amy en Cambridge y mantuvo cierta relación con Harvard. No se casó con ella; al parecer, durante aquellos cinco años nunca estuvo legalmente libre para casarse con nadie. Y entonces falleció.

La víspera de mi regreso a casa, fui a comer a un pequeño restaurante italiano que quedaba cerca del hotel. Los propietarios del lugar no habían cambiado desde la última vez que comí allí a comienzos de los años noventa, y me llevé una sorpresa cuando Tony, el más joven de la familia, me saludó por mi nombre antes de acompañarme a la mesa del rincón que siempre me había gustado porque era la más tranquila del local.

Te marchas mientras otros, lo cual no tiene nada de asombroso, se quedan atrás para seguir haciendo lo que siempre han hecho, y, cuando regresas, te sientes sorprendido y emocionado por un momento al ver que siguen ahí y, también, tranquilizado, porque hay alguien que se pasa toda la vida en el mismo pequeño lugar y no siente ningún deseo de irse.

–Se mudó, ¿verdad, señor Zuckerman? –me dijo Tony–. No le vemos nunca.

–Me trasladé al norte. Ahora vivo en las montañas.

–Debe de ser bonito aquello. Agradable y silencioso para escribir.

–Sí, lo es –repliqué–. ¿Qué tal la familia?

–Todos están bien. Pero Celia murió. ¿Recuerda a mi tía? ¿La que estaba en la caja?

–Claro que sí. Siento que ya no esté con nosotros. Celia no era tan mayor.

–No, qué va. Pero el año pasado cayó enferma y nos dejó en un abrir y cerrar de ojos.

Tiene usted buen aspecto –añadió–. ¿Quiere tomar algo? Chianti, ¿verdad?

Aunque el cabello de Tony había adquirido el mismo color gris acero que el de su abuelo Pierluigi, como revelaba el retrato al óleo del fundador inmigrante del negocio, apuesto como un actor con su delantal de chef, y aunque Tony se había vuelto corpulento y fondón desde la última vez que le vi, cuando estaba al comienzo de la treintena, y era el único miembro esbelto y huesudo que quedaba en el bien alimentado clan de su restaurante, unos cien mil platos de pasta atrás, el menú en sí no había variado, las especialidades no habían variado, el pan en su cestillo no había variado, y cuando el camarero jefe pasó empujando el carrito de los postres por delante de mi mesa, vi que ni el hombre ni los postres habían variado. Se diría que mi relación con todo esto no había cambiado ni un ápice, que una vez que tuviera el vaso en la mano y

masticara un pedazo de pan italiano de la clase que había comido decenas de veces en el pasado, me sentiría gratamente como en casa, y, sin embargo, no era así. Me sentía como un impostor, fingiendo ser el hombre al que Tony conoció y, de improviso, anhelando serlo. Pero, al vivir prácticamente en soledad durante once años, me había librado de él. Me había ido para huir de una auténtica amenaza; al final, permanecí lejos para librarme de lo que ya había dejado de interesarme y, ¿quién no sueña con ello?, librarme de las duraderas consecuencias de los errores de toda una vida (en mi caso, los repetidos fracasos matrimoniales, el adulterio furtivo, el bumerán emocional del apego erótico). Presumiblemente, al haber pasado a la acción en vez de limitarme a soñar con ello, me había librado de mí mismo en el proceso.

Había llevado conmigo algo para leer, tal como hacía en el pasado cuando comía a solas en el restaurante de Pierluigi. Al vivir sin compañía, me había habituado a leer mientras comía, pero en aquella ocasión dejé la revista sobre la mesa y me puse a mirar a quienes cenaban en la ciudad de Nueva York la noche del 28 de octubre de 2004. Una de las notables satisfacciones de la vida urbana: desconocidos que alimentan la quimera de la concordia humana al comer juntos en un pequeño y buen restaurante. Y yo era uno de ellos. Encontrar trascendente a estas alturas de la vida una experiencia tan corriente... Pero eso era lo que me ocurría.

Solo cuando me sirvieron el café abrí la revista, el último número de The New York Review of Books. No había hojeado un ejemplar desde mi marcha de Nueva York. No había querido hacerlo, pese a que fui suscriptor de la publicación desde que apareció a comienzos de los sesenta y, en sus primeros años, colaborador ocasional. Al pasar ante un quiosco camino del restaurante de Pierluigi había tenido un atisbo de la parte superior de la portada, donde por encima de unas caricaturas de los candidatos presidenciales, obra de David Levine, había una pancarta desplegada que anunciaba en letras amarillas: «Número especial sobre las elecciones», y debajo, sobre una lista de unos doce colaboradores, las palabras: «Las elecciones y el futuro de Estados Unidos», y había pagado al quiosquero cuatro dólares con cincuenta centavos y había seguido hacia el restaurante con la revista bajo el brazo. Pero ahora lamentaba haberla comprado, e incluso cuando la curiosidad me venció, en vez de comenzar por el índice y las páginas iniciales del simposio sobre las elecciones, reanudé el contacto como de puntillas, por la última página, leyendo los anuncios clasificados: «bella fotógrafa/educadora de arte, madre cariñosa...». «mujer compleja, reflexiva, deseosa y deseable, casada legalmente...» «enérgico, amante de la diversión, en forma, hombre establecido con intereses variados...» «ojos verdes, divertida, excéntrica, con curvas...» Pasé a la sección inmobiliaria y en la breve columna de «Alquileres», por encima de la mucho más larga de «Alquileres internacionales», donde las residencias disponibles se encontraban principalmente en París y Londres, me encontré con un anuncio tan claramente dirigido a mí que tuve la sensación de que, como si lo hiciera con un látigo, la casualidad me incitaba, la pura casualidad que parecía desbordante de intención. pareja de escritores responsables, treintañeros, desean intercambiar apartamento acogedor, de tres habitaciones con las paredes llenas de libros, en el Upper West Side, por un tranquilo retiro rural a unos ciento cincuenta kilómetros de Nueva York. De

preferencia Nueva Inglaterra. Intercambio inmediato, idealmente por un año... Sin esperar, con la misma precipitación con que había aceptado la inyección de colágeno pese a haberme propuesto pensarlo en casa antes de someterme al procedimiento, con la misma precipitación con que había comprado el New York Review, bajé la escalera junto a la cocina, donde recordaba que había un teléfono público en la pared, al lado del servicio de caballeros. Había copiado el número en un trozo de papel donde previamente había escrito el nombre «Amy Bellete». Marqué el número con rapidez y le dije al hombre que se puso al aparato que respondía a su anuncio para intercambiar residencias durante un año. Poseía una casita en el oeste de Massachusetts, en el campo, situada junto a una carretera de tierra en lo alto de una montaña y frente a un extenso terreno pantanoso que era un refugio de aves y fauna silvestre. Estaba a poco más de doscientos kilómetros de Nueva York, mis vecinos más cercanos a unos ochocientos metros, y a doce kilómetros carretera abajo había una pequeña población universitaria con supermercado, librería, tienda de vinos, una decente biblioteca en la universidad y un bar con buen ambiente donde no se comía mal. Si todo esto respondía a sus deseos, me interesaría visitarle, echar un vistazo al apartamento y hablar de la posibilidad de un intercambio. Me alojaba a pocas manzanas del Upper West Side; si él no tenía inconveniente, podría estar allí en cuestión de minutos.

El hombre se echó a reír.

–Parece que quiera mudarse esta misma noche.

–Si usted quiere mudarse esta noche... –repliqué, completamente en serio.

Antes de volver a mi mesa, entré en el servicio de caballeros y me metí en el único lavabo, donde me bajé los pantalones para ver si el procedimiento había empezado a surtir efecto. Para hacer desaparecer lo que veía cerré los ojos, y para hacer desaparecer lo que sentía maldije en voz alta. «¡Un jodido sueño!», refiriéndome al sueño de volver a ser de repente como todo el mundo.

Me quité la almohadilla de algodón absorbente de los calzoncillos de plástico y la sustituí por una nueva que llevaba en un pequeño paquete en el bolsillo interior de la chaqueta. Envolví la almohadilla sucia en papel higiénico, la arrojé al cubo con tapa al lado de la pila, me lavé y sequé las manos y, tratando de vencer el pesimismo, subí la escalera para pagar la cuenta.

Caminé hasta la calle Setenta y uno Oeste y, al pasar por Columbus Circle, me sorprendí al ver que la voluminosa fortaleza del Coliseum se había metamorfoseado en un par de rascacielos de vidrio unidos por una cubierta a cuatro aguas y, al nivel de la calle, por una sucesión de lujosas tiendas. Deambulé un poco por la galería comercial y salí, y cuando seguí en dirección norte, por Broadway, no tuve tanto la sensación de que estaba en un país extranjero como de ser objeto de algún truco óptico, de que las cosas parecían como reflejadas en una galería de espejos deformantes, todo familiar e irreconocible al mismo tiempo.

Título original: Exit Ghost

© 2007, Philip Roth